

MEMORIAS LITERARIAS.

RASGOS BIOGRÁFICOS de don Manuel Antonio Tocornal i Grez. - Discurso de don Gregorio Victor Amunátegui al incorporarse en la Facultad de leyes i ciencias políticas, leído el de 16 julio de 1869.

Señores:

La distincion con que me habeis honrado llamándome a ocupar un asiento en esta docta corporacion, me impone, junto con el deber de expresaros mi sincera i profunda gratitud por vuestra benevolencia, otro cuyo cumplimiento es para mí, i seguramente tambien para vosotros, grato i triste a un mismo tiempo.

Conforme a los estatutos universitarios, estoy obligado a hablaros en esta ocasion de mi ilustre antecesor, el señor don Manuel Antonio Tocornal i Grez.

Ningun tema podia ser para mí mas simpático que el elogio del hombre eminente a quien he admirado como ciudadano i estimado como amigo.

Estoy cierto de que la relacion, aunque sea descolorida, de algunas de las virtudes i brillantes cualidades que lo adornaron, es el mejor medio que yo habria podido encontrar para merecer vuestra atencion i congraciarme con vosotros al venir a incorporarme en esta Facultad.

De esté modo, el recuerdo del señor Tocornal será para mí provechoso despues de su muerte, como el trato con él me ha sido dulce durante su vida.

El señor don Manuel Antonio Tocornal recibió una educacion tan esmerada i completa como era posible adquirirla en Chile durante la época de su juventud, habiendo tenido por maestro en humanidades a Mora i a Bello, i en leyes a Rodriguez Aldea.

Pero lo que desenvolvió i perfeccionó sobre todo en él aquellos profundos i variados conocimientos políticos que debian elevarle un dia al rango de nuestros mas conspicuos estadistas, fué la observacion atenta i séria de los sucesos a que ha servido de teatro nuestro pais, i el estudio de las instituciones que sucesivamente se fueron ensayando hasta llegar a nuestra actual organizacion.

Era el hijo predilecto del ministro don Joaquín Tocornal, uno de los hombres mas notables del partido conservador, a quien cupo dirigir por un gran número de años el timon de los negocios públicos. Habiendo sabido éste descubrir i apreciar la precoz i extraordinaria madurez de juicio que don Manuel Antonio Tocornal manifestó desde mui temprano, i complaciéndose en fomentar la estremada aficion a la política que el jóven revelaba, le ponía dia a dia al corriente, así de los graves asuntos que se ventilaban en los consejos de gobierno, como de las continuas i variadas evoluciones de las facciones civiles. Aquel padre, ya veterano encanecido en la lucha de los partidos i en la direccion del Estado, encontraba gusto, i en mas de una ocasion, provecho, en conferenciar acerca de tan arduas materias con el hijo todavía inesperto, que apenas principiaba la vida. Don Manuel Antonio Tocornal aprendió de esta manera los rudimentos de la ciencia política, no en las teorías de los libros, sino en la realidad de los hechos, que le fué dado contemplar mui de cerca i a fondo, en una posición ventajosisima para un observador reflexivo, desde detras de bastidores, por decirlo así.

I ésta es la oportunidad de hacer notar que ya en aquella temprana edad, don Manuel Antonio Tocornal, que apenas era un jóven, se distinguía por esas raras pruebas de la circunspeccion, de la prudencia i de la reserva, que no poseen tantos hombres maduros a quienes las lecciones i las pruebas del mundo parecerian debérselas haber hecho adquirir, i de que él, como lo sabeis, ofreció siempre un acabado i perfecto modelo.

La juventud, esa primavera de la existencia humana, que para la gran mayoría es la época de las fiestas, de las distracciones, de los pasatiempos, fué para don Manuel Antonio Tocornal solo una escuela séria i austera, en la cual, tomando parte en las meditaciones i zozobras del ministro encargado de conducir la nave de la República por entre los escollos de las discusiones, de las cábalas, de las conspiraciones de los partidos, aprendió prácticamente las nociones del demasiado difícil arte de gobernar a los pueblos.

Aunque obtuvo bastante jóven el título de abogado, la merecida fama de su talento i de su ciencia forense le procuró pronto una clientela, que le permitió reunir en breve tiempo algunas regulares economías.

Ansioso de perfeccionar su educacion aumentando sus conocimientos, destinó el fruto de sus primeros trabajos a costear un viaje por la

sábía i culta Europa, adonde le atraía, no la simple curiosidad de ver cosas nuevas, de admirar espléndidos monumentos, de visitar antiguas i populosas ciudades, sino mui principalmente el deseo de estudiar de cerca i en ejercicio las instituciones de los pueblos libres.

Don Manuel Antonio Tocornal sacó un gran provecho de aquella peregrinacion, que le permitió adquirir muchas ideas, rectificar muchos errores, hacer muchas observaciones útiles i aplicables a su país.

Esto no puede causar estrañeza a todo el que le haya conocido. Tocornal era un individuo formado para aprender las cosas viéndolas mas bien que estudiándolas en una obra, en las discusiones con los otros hombres mas bien que en las pájinas de los libros, en el trato de la sociedad mas bien que en el silencio del gabinete. Era conversador ántes que lector. Un viaje era para una persona de su naturaleza i sus inclinaciones el mejor curso de estudios. La universidad que mas le convenia frecuentar era la sociedad.

Dados el carácter i tendencias de su espíritu, nada podia ilustrarle tanto como una incursion séria por la Europa.

La contemplacion de las instituciones i de las prácticas de las naciones del viejo mundo, i las relaciones con un gran número de hombres distinguidos que encontró a su paso, hicieron saber a Tocornal lo que únicamente mui largas i variadas lecturas habrian podido enseñar a otros.

I como estaba dotado de una memoria estraordinariamente feliz i privilegiada; que le hacia retener cuanto habia visto o llegado a su noticia, trajo consigo a su regreso a Chile una abundante provision de ideas referentes a una diversidad de materias, i mui en especial a la lejislacion i a la política, que eran sus ramos favoritos.

A su vuelta a Santiago, fortificó i estrechó su amistad con un antiguo camarada que ejerció sobre él una poderosa i saludable influencia, i cuyo nombre quedará para siempre unido al suyo.

Sin necesidad de que os lo diga, habreis ya advertido que me refiero a don Antonio García Reyes, ese otro hombre de preclara i sobresaliente intelijencia que, como Sanfuentes, como Güemes, como Tocornal, fué desgraciadamente arrebatado por la implacable i desapiadada injusticia de la muerte ántes de tiempo, cuando la patria podia razonablemente esperar todavía de él tantos i tan esclarecidos servicios, i cuando sin duda alguna se los habria prestado.

García Reyes i Tocornal permanecieron ligados entre sí como des

hermanos gemelos por el espíritu, completándose el uno al otro, i constituyendo una sola entidad política por el espacio de diez años; i habrían continuado lo mismo por muchos mas, si una mortífera enfermedad no hubiera arrebatado al primero contra todas las previsiones, contra todas las esperanzas que podían fundarse en la mas vigorosa organizacion.

La amistad fraternal de Tocornal i García Reyes suministra un nuevo ejemplo del fenómeno tantas veces repetido de la union íntima entre dos individuos de naturalezas muy diferentes, quizá opuestas. Aquellos dos amigos inseparables, que podían considerarse un alma en dos cuerpos, se diferenciaban hasta en el aspecto físico, i mucho mas todavía, en las prendas morales e intelectuales.

García Reyes era todo espontaneidad; adivinaba instantáneamente, puede decirse, las cosas casi sin saberlas; disertaba de improviso sobre las materias mas diversas i mas estrañas a su profesion i estudios, encontrando casi siempre algo interesante que esponer, algo que llamaba la atencion i obligaba a meditar; era un carácter lleno de fogosidad, imperioso, franco hasta la brusquedad, agresivo.

Tocornal, por el contrario, era todo reflexion i circunspeccion; todas sus acciones eran muy pensadas; habia contraído el hábito de medir el alcance de sus mas insignificantes palabras; tenia una cortesania, una finura, una delicadeza de maneras regimemente admirable; jamás ofendia en lo menor, aun en los momentos de acaloramiento; ni siquiera a las personas de la índole mas puerilosa.

Aquellos dos amigos igualmente distinguidos por las dotes del talento, por la nobleza de los sentimientos, por la elevacion de los propósitos, por el patriotismo mas ardiente i sincero, formaron muy pronto una verdadera potencia política, basada en la estimacion de sus correligionarios, en las simpatías de sus mismos adversarios.

El sistema a cuyo servicio se pusieron fué el de la libertad i la templanza, el de la mas amplia i libre discusion, el del llamamiento de todos los hombres patriotas e ilustrados a tomar parte en la dilucidacion i resolucion de los negocios jenerales sin restricciones, sin odiosas e inmotivadas escepciones, el único que puede estorbar la formacion de gobiernos personales i arbitrarios, impidiendo que la diversidad de opiniones sea causa de desprecios o resentimientos entre ciudadanos, entre hermanos, a unando los esfuerzos de todos en beneficio de todos.

Tocornal, algunos años despues de haber perdido a su colega, se

complacía en repetir que era García Reyes quien le había enseñado a ser tolerante. “Yo que había nacido i crecido, decia, en medio de las mas encarnizadas luchas civiles, era inclinado a no hacer justicia a los adversarios. Fué García Reyes quien me fué mostrando en presencia de cada individuo, por decirlo así, que una opinion contraria a la que nosotros estimamos verdadera, estaba frecuentemente muy distante de ser un signo de demérito personal; i que gran número de nuestros adversarios poseian calidades sobresalientes i podian prestar al país grandes e importantes servicios, si se les ponía en situacion de hacerlo así.” “La esperiencia, concluía diciendo Tocornal, me ha comprobado la irrefutable exactitud de esta observacion de García Reyes, cuyo juicio era en todo tan sano i certero.” I tomaba tema de éste, como de otros recuerdos, para traer a la memoria las sobresalientes prendas de su inolvidable amigo, i para lamentar la falta inmensa que había hecho a Chile.

Sea que García Reyes le hubiera convertido a la tolerancia, como lo repetía Tocornal, siempre pronto a atribuir a aquél todo lo que era bueno i laudable; sea que hubiera sido movido a ello, no solo por las reflexiones de su caballeroso compatriota, sino tambien por los impulsos de su bella i bondadosa índole i por sus propias inducciones, lo cierto es que en toda su carrera política trató a los que militaban en opuesto bando con todas las consideraciones debidas a individuos que, andando el tiempo, podian encontrarse siguiendo la misma bandera que él. Jamas en ninguna circunstancia salió de sus labios contra nadie, no digo una frase emponzoñada, no digo un denuesto, pero ni siquiera una palabra descompuesta. I tengase presente para apreciar todo lo que valía aquella admirable moderacion nunca desmentida, que le tocó hallarse en asambleas harto turbulentas i exaltadas, en las cuales rujía con deshecha furia la tempestad de las mas violentas i encontradas pasiones, i en las que no todos usaban respecto de é igual comedimiento. Recuérdese que asistió como ministro de Estado a la cámara de 1849 i a la cámara de 1853. Adviértase que no se le perdonó ningun cargo, desde el de haber conculcado las libertades públicas, hasta el de haber menoscabado la dignidad nacional; i que no ha habido en Chile un ministro que haya recibido mas votos de censura del congreso: en cierta época, uno por semana; i en cada una de las cámaras. I no es esto todo todavía: Tocornal no era hombre que permaneciera impassible, indolente, despreciativo delante del ataque; nó, de ninguna manera; por el contrario, lo resistía con valor,

con energía, con imperturbable tenacidad; pero siempre con razones, con el raciocinio, nunca con injurias. Oponía la serenidad a la violencia, la discusión de los hechos i de las doctrinas a las imputaciones personales i furibundas, la rectitud al espíritu de facción. Sabía respetar a los demas, porque se respetaba a sí mismo.

Este sistema de política liberal, moderada i justiciera que debería merecer la cooperacion i las simpatías de todos, ha encontrado en todas las épocas i en todos los países contradictores obsecados; pues el fanatismo de las opiniones, la mezquindad de los intereses, la impetuosidad de los resentimientos civiles, miran con desagrado i repugnancia el que la sociedad no se halle dividida en vencedores i vencidos. El bello ideal político a que muchos parecen encaminar sus aspiraciones, es la perdurable i encarnizada riña de los Montecos i Capuletos. La persecucion de sus semejantes es para ellos una necesidad tan imperiosa como lo era la caza de las fieras para los señores feudales de otro tiempo. Al oírlos raciocinar i al verlos obrar, podría llegar a creerse que el misántropo Hobbes estaba en la verdad cuando sostenía que la guerra era la condicion natural del hombre.

La tacha que ponen al sistema de la conciliacion de las ideas i de los intereses por medio de una discusion libre i sincera es la debilidad.

Se teme que el orden público corra un riesgo inminente, que las instituciones peligren i sean pisoteadas, si no se encuentran confiadas al amparo de un círculo compacto i homogéneo de afiliados que compongan una facción formada en batallón cuadrado para cerrar el paso, para aniquilar a cuantos tengan ideas o intereses distintos.

Como en política no hai principios absolutos, me abstendré de pretender que puedan dejar de presentarse circunstancias anormales en que tal sistema pudiera producir resultados convenientes. Tal vez haya casos en que la organizacion de un partido a guisa de falanje macedónica sea útil o necesaria. Pero lo que me parece demostrado por la razon i la esperiencia, es que las ventajas del réjimen liberal son muy superiores a las del autoritario i esclusivista.

La fuerza de los gobiernos o partidos que buscan su apoyo en la rigurosa disciplina de los adeptos o en el alejamiento i persecucion de los contrarios, es mas aparente que real, i simplemente momentánea. Pueden imponer silencio a las manifestaciones públicas de la sociedad; pero abren espacio a puerta al descontento secreto que cunde rápidamente por lo bajo, i va minándolos hasta arruinarlos. Pueden proporcionarse, sin duda, amigos muy fieles i decididos que los ser-

rirán con la mayor abnegacion, i que serán dirijidos por sus caudillos *perinde ac cadáver*, segun una espresion llegada a ser clásica; pero al propio tiempo, se suscitan enemigos implacables que despliegan tanto encarnizamiento para combatirlos como los otros para defenderlos.

Si la práctica del sistema liberal va acompañada de dificultades i embarazos mas o ménos graves, mas o ménos incómodos, mas o ménos impertinentes, en cambio jamas deja en pos de sí ancha i repulsante huella de persecuciones, de odios, de desgracias, de proscripciones, de tropelías, de sangre.

Por eso, en mi concepto, i todo bien considerado, la fuerza del sistema liberal, que algunos rechazan por débil e impotente, es mucho mayor, mucho mas sólida i duradera que la del sistema autoritario i esclusivista, que algunos estiman tan poderosa. Esto es lo que nos demuestra el raciocinio, i esto lo que nos enseña la historia.

Tal fué tambien la conviccion profunda de don Manuel Antonio Tocornal.

Todos los actos de su vida pública fueron encaminados a la consecucion de tan santo objeto.

Llamado al ministerio en junio de 1819 junto con los señores don José Joaquín Pérez i don Antonio García Reyes, los tres se esforzaron cuanto les fué posible para apaciguar algun tanto los odios civiles, i operar un avenimiento entre los partidos.

Desgraciadamente, la estremada exaltacion a que habian llegado los ánimos i la exajeracion en las pretensiones de las facciones, impidieron que estos buenos propósitos produjesen el resultado que se deseaba, i que habria debido esperarse. Por una i otra parte, hubo faltas, carencia de espíritu práctico, tenacidad. En medio de aquella desencadenada borrasca de violentas pasiones i de intereses intransijentes, el gabinete que se denominó de junio fué impotente para conseguir la concordia que se habia lisonjeado de lograr. Mas tarde, muchos debieron arrepentirse de no haber respondido a aquel patriótico llamamiento; pero a los estadistas que lo hicieron, debió quedar la satisfaccion de haber cumplido con su deber.

“Mas valen, decia pintorescamente en son de censura al ministerio de junio un sujeto notable de la época adicto al sistema represivo, diez adarnes de enerjia, que diez toneladas de elocuencia i de hidalguía.”

Por cierto, es harto difícil aliviar el curso que habrian tomado

los acontecimientos si se hubiera seguido una marcha diferente. Solo podemos hacer presunciones mas o ménos fundadas sobre los frutos que habrian podido dar las diez toneladas de elocuencia i de hidalguía; pero conocemos demasiado los que dieron los diez adarmes de enerjía.

La agitacion política de 1849, que los ministros de junio se empeñaron vanamente por modificar en el sentido de la conciliacion, arrastró a la terrible i sangrienta revolucion de 1851.

En esa espantosa conmocion social, Tocornal i García Reyes, que, aun cuando habian salido desairados en sus planes, habian permanecido fieles a su bandera, inspiraron i contribuyeron a llevar a cabo el convenio de Purapel, con el cual curaron en cuanto les fué posible las dolorosas heridas de la guerra civil. Aquello era contiunar la obra de su ministerio, remediando en la medida de sus fuerzas los males que habian tratado de precaver.

Mientras tanto, los años trascurrieron; i Tocornal se vió privado por la muerte, de su amigo, del compañero de todos sus trabajos, del confidente de todos sus proyectos i esperanzas.

Aunque quedado solo i sin tan valioso apoyo, persistió firme i convencido en los nobles i elevados propósitos que habian formado el programa de su vida pública.

El señor don José Joaquin Pérez, su antiguo colega en el ministerio de junio, llegó a ser presidente de la República. A los pocos meses de haber ascendido a tan alto puesto, encargó en 1862 a don Manuel Antonio Tacornal la organizacion i direccion de un gabinete que debia proponerse por principal fin la estirpacion de los viejos resentimientos de partido, trabajando para que la gran mayoría de los chilenos no tuviera otra enseña que la de la prosperidad i el engrandecimiento de la patria comun, bajo el amparo de instituciones i prácticas liberales i republicanas.

Ticornal se prestó gustoso a cooperar a las miras del jefe del Estado, que habian sido la aspiracion de su vida entera, que eran el anhelo de su alma.

Los acontecimientos están demasiado cercanos para que no recordéis cuánto i cuánto trabajo para corresponder a la confianza que el presidente habia depositado en él; i para que no sepáis que, si no fué feliz en su empresa, la culpa estuvo mui distante de ser suya.

La muerte vino a impedirle intentar un tercer ensayo, en el cual, si los partidos se hubieran aprovechado de los escarmientos sufridos, habria sido quizá mas afortunado.

El rápido i descarnado bosquejo que acabo de trazar, manifiesta la bella unidad de la carrera política de don Manuel Antonio Tocornal. En efecto, es uno de los mas brillantes modelos que presenta nuestra historia, de consecuencia a los principios i a las convicciones. Tal como apareció el primer día al estrenarse en la escena pública, tal continuó hasta el último. Siguió en la oposicion las mismas reglas de conducta a que se sujetó siempre que estuvo al lado del gobierno. En todas las posiciones, i fueron varias aquellas en que se encontró, fué siempre el mismo hombre. Quien le habia conocido en una, podia reconocerle al punto en otra.

Esta unidad que se nota en todos sus procedimientos es la mejor prueba de la sinceridad de sus convicciones.

Indulablemente el hombre puede variar, debe aun variar en ocasiones. Es esta una lei de progreso; a veces, una necesidad indispensable producida por una modificacion en los hechos, o en los puntos de mira, o en los aspectos de una cuestion. Mas para que una variacion de opiniones o de planes sea justificada, para que merezca aplausos i no severas censuras, es menester que no aparezca operada por el viento del interes.

Todo aquel que recorra cuidadosamente la vida de don Manuel Antonio Tocornal, encontrará mas de un caso en que sacrificó el interes a la opinion; pero no descubrirá uno solo en que sacrificase la opinion al interes.

Para él, Paris no habria valido una misa.

No habia ni honor, ni poder, ni consideracion de alguna especie que le movieran a abandonar una conviccion.

Ningun precio le habria parecido suficientemente valioso para resolverse a una apostasia.

Su honrada existencia contiene mas de un ejemplo de tan laudable buena fé i firmeza en las convicciones; pero no quiero citar sino uno solo, mui reciente. Sabeis que a principios de 1861 se hallaba triunfante en el ministerio; habia superado todos los obstáculos que hasta entonces habian hecho tan áspero i espinoso su camino. Sobrevino la cuestion española. El juicio que formó acerca de la conducta que debíamos seguir en ella, fué mui diferente del que formaron sus amigos i la mayoría de la nacion chilena. Conservó su opinion; i renunció el ministerio.

Los actos de esta especie, mas o ménos importantes, son mui comunes en su carrera pública.

Don Macuel Antonio Tocornal en la oposicion sostenia las mismas doctrinas, usaba el mismo lenguaje, que cuando estaba a la cabeza del gobierno.

Son estos procedimientos los que hablan mui alto en favor de su lealtad.

Permitid que al recuerdo de un rasgo característico tan honroso, agregue el de otro igualmente significativo que lo completa.

Don Manuel Antonio Tocornal era mui conservador en sus discursos, pero mui liberal en las obras, porque experimentaba la mas irresistible repugnancia por todo lo que olia a charlatanismo, porque profesaba el mas profundo respeto a la lei.

La libertad era para él, no solo una palabra que tuviese en los labios, sino tambien un sentimiento verdadero que le hacia latir el corazon.

Por eso, aun las peores leyes llegaban a ser buenas cuando él las aplicaba; así como las mejores llegan a ser malas, cuando ciertos individuos son los encargados de ponerlas en ejecucion.

Como su espíritu era tan recto, como estaba dispuesto a hacer cumplir lo que decia la lei, sin torcer o alterar el sentido propio i jenuino de ella, sin recurrir a interpretaciones de llave ganzúa, miraba con disgusto las declamaciones, las frases pomposas, las promesas pretenciosas i altisonantes, que rara vez o nunca se convierten en realidades; que se disipan como el humo.

Los razonamientos de Tocornal eran serios i concienzudos, no simplemente de aparato i de circunstancias; no estaban calculados para causar efecto sobre una turba impresionable e irreflexiva, a la manera que desde léjos, i gracias a las luces de la escena convenientemente dispuestas, deslumbran i producen ilusion los oropeles i la tramoya del teatro.

Para defender los elevados propósitos de su política, Tocornal poseia el talento mas indispensable en un hombre de Estado de los tiempos modernos; i sobre todo, de los países constitucionales, el del orador. Tenia realmente el don de la palabra. Son pocos los que entre nosotros podian disputarle la palma de la elocuencia.

Ha dejado varias obras forenses o históricas, entre las cuales sobresale una memoria relativa a los primeros acontecimientos de la revolucion chilena, que contiene datos i documentos nuevos e interesantes suministrados por su padre, uno de los concurrentes al memorable cabildo abierto del 18 de setiembre de 1810; pero cualquiera que

sea el mérito de estos escritos, son muy inferiores a sus discursos.

Tocornal era indudablemente un orador mas bien que un escritor. Hacía discursos aun en las conversaciones familiares.

En los últimos años de su vida, había perdido el hábito de redactar, hasta el estremo de tener que dictar sus cartas, porque le habria sido muy embarazoso ponerse a escribirlas él mismo.

Pero su facilidad para hablar se había aumentado i perfeccionado tanto como se había disminuido la que tenía para redactar.

Es una verdadera pérdida para nuestra literatura nacional el que, a causa de la imperfeccion de nuestros medios de taquigrafía, no hayan podido conservarse sus discursos, tales como los pronunció.

Tocornal era un orador lógico i caloroso, que se atraía las simpatías por su acento de honradez, que a menudo encadenaba la atencion de sus oyentes por la novedad de los hechos o de los argumentos que aducía.

Era además hombre de muchos recursos. En mas de una ocasion, tratándose de asuntos muy arduos i delicados en que su posicion oficial le imponía la mas severa circunspeccion, i en que por lo tanto se veía coartado en sus medios de defensa, se halló estrechado de cerca por opositores terribles que tenían la mas completa libertad de accion para el ataque; i sin embargo, supo salir airoso i triunfante sin faltar a sus deberes de reserva, i lo que todavía es mas recomendable, sin inferir una sola herida personal a los que le combatían a muerte, talvez sin guardarle las mismas consideraciones.

La injuria, el sarcasmo, la diatriba no eran figuras oratorias usadas por Tocornal.

Esto explica cómo, al salir de tan acalorados debates, gran número de sus adversarios se veían forzados a proclamar en alta voz la admiracion que les producía tan extraordinaria e hidalga moderacion, que no podía aguardarse, ni ménos exijirse, de un individuo acosado por todas partes sin tregua ni cuartel.

Las escenas de esta especie fueron muy frecuentes en la vida política de don Manuel Antonio Tocornal; pero jamas fueron tan repetidas, tan dramáticas, tan conmovedoras como en el congreso de 1863.

Entónces, como ministro del interior, se encontró solo delante de dos cámaras abiertamente hostiles, en las cuales había estadistas hábiles, audaces, espertos en los negocios, diestros en el uso de la palabra, sobresalientes bajo todos aspectos, que hacían al gabinete una guerra cruda i encarnizada.

Tocornal no contaba en todo el congreso con mas de seis u ocho votos que le fuesen favorables.

Los ataques se renovaban todos los dias bajo todas las formas.

Tocornal los resistia solo contra todos, con la mayor enerjia, i ya sabeis tambien con cuánta habilidad i brillo.

“No me canso de admirar, decia al salir de una de aquellas sesiones uno de los diputados opositores, la resistencia de los pulmones, i sobre todo, la estremada moderacion de Tocornal.”

En efecto, tenia que hablar horas enteras para responder a los cargos de diez o mas oradores que le acosaban por todos lados con todo jénero de observaciones, i a veces tambien con acriminaciones injuriosas.

Tocornal veia que sus adversarios para tomar aliento se reemplazaban unos a otros, miéntras él tenia que permanecer firme en su puesto, uno solo contra todos, para replicar a tantos raciocinios i a tantas acusaciones, jamas para intentar represalias contra los de nuestros.

En aquel un espectáculo que conmovia a los hombres de corazon.

“Este es un torneo, decia lleno de entusiasmo el señor don Andrés Bello, propio de los tiempos modernos, pero que se asemeja a los de la edad media en esto de que un paladin solo baste para un ejército, i con ventaja, i obteniendo la victoria.”

Para que se aprecie mejor el mérito de Tocornal en aquellas circunstancias, debe tenerse presente que era un hombre de una salud mui débil i quebrantada. En mas de una ocasion, tuvo que levantarse de la cama en que le tenia postrado el dolor, para ir a tomar parte en las luchas parlamentarias.

Al fin, el triunfo fué suyo, un triunfo espléndido; pero lo pagó caro, al precio de la vida.

Tantas agitaciones acabaron de aniquilar su delicadísima organización

Despues de una serie de alternativas en su salud, sucumbió, cuando segun las leyes naturales le quedaban todavía muchos años de existencia para seguir sirviendo al país.

Su muerte ha sido en Chile una de las mas universalmente sentidas.

En torno de sus epulcra, se encontraron reunidos para darle el postrero i doloroso adios sus amigos i sus adversarios.

Todos estaban acordes para decir que se habia concluido una de las esperanzas de la patria.

Tocornal debió bendecir desde el cielo aquella union de todos sus conciudadanos al rededor de su ataud, aquella union que él habia trabajado tanto i tan sinceramente por operar en torno de la bandera de Chile.

HISTORIA DE CHILE. — Importante documento sobre la espulsion de los jesuitas en 1767.

El documento que publicamos en seguida es una relacion circunstanciada del arresto, prision, embarco i viaje de los jesuitas espulsados de Chile en 1767, en virtud de la famosa pragmática de Cárlos III. Fué escrita en Oettingen, en Baviera, el 23 de enero de 1870, por uno de los jesuitas espulsados de Chile, el padre Pedro Weingartner, i dirigida al padre José Erhard, provincial de la Compañia en la provincia de Jermania.

El padre Weingartner era bávaro de nacimiento. Recibió las órdenes en su patria, pasó a Chile como misionero, i residió en este país durante largos años, así como muchos otros jesuitas alemanes que se encontraban en él a la epoca de la espulsion. De algunos de ellos habla en la carta que publicamos hoy; pero ha dejado de mencionar a muchos otros de quienes habríamos querido encontrar allí algunas noticias biográficas. Como él mismo lo dice, despues de su vuelta a Europa, el padre Weingartner se estableció en Alemania. Formó parte de la provincia de Jermania i, en seguida, de la de Baviera, cuando se formó ésta (1.º de noviembre de 1770). Vivía todavía cuando la orden de los jesuitas fué suprimida por el papa Clemente XIV (1773).

Esta carta fué escrita en latin, i se conserva en el archivo de un convento de jesuitas de Maria-Laach, en la Prusia del Rin. Un escritor de la misma Compañia, el padre Augusto Carayon, la ha dado a luz traducida al frances, en una obra titulada *Charles III et les jesuites de ses états d'Europe et d'Amérique en 1767* (1 vol. en 8.º, Paris, 1868), que es una simple compilacion de documentos importantes para la historia de la espulsion de los jesuitas de los dominios del rei de España. No podemos garantizar la fidelidad de la traduc-